

Se ha repetido una y otra vez que la ciencia es una actividad social poco valorada en México, y se podría decir que sucede casi lo mismo en el resto del mundo. Pero incluso al interior de la misma ciencia, poca atención se concede a las diferentes formas de hacer ciencia, a los estilos personales, a la manera de presentar los resultados, de argumentar, de elaborar experimentos, en suma, a las tradiciones científicas, a los estilos personales.

Así, por ejemplo, mientras al hablar de arte, los pintores, escultores, fotógrafos o videoastas —por mencionar algunos de sus representantes—, brillan por su creatividad y talento, su capacidad de innovación y el manejo de distintas técnicas —algunas de ellas muy cercanas a las que se emplean en la investigación en ciertas áreas—, al referirse a la actividad científica todas estas cualidades desaparecen tras un discurso racional, docto, estricto y a veces monótono. Resulta más importante comunicar la relevancia de los resultados que hablar del proceso de creación, de los vuelos de la imaginación, de las especulaciones un tanto incoherentes, de ideas y conceptos aún en proceso de elaboración, de los caminos recorridos tras una falsa pista, en fin, de todo aquello que precede al resultado final en una investigación y que constituye la esencia misma del trabajo científico.

Es cierto que hay excepciones. Nadie dejará de mencionar el genio de Einstein o de Planck, pero hay otros de los que poco o incluso nunca se hablará o difícilmente se reconocerá su talento. Entre estos últimos se encuentra la gran mayoría de los científicos de los países llamados no desarrollados o en vías de. ¡Cuánto talento y creatividad se puede hallar en muchos centros de investigación de ciudades como Bombay, Sao Paulo o México!

La tradición científica mexicana es larga y de gran riqueza —como lo muestra la historia de la Sociedad Química Mexicana y la obra de químicos como Luis E. Miramontes. En efecto, no faltan figuras destacadas, reconocidas en su medio, que además han creado escuela, o bien dedicadas a la formación de nuevas generaciones de científicos. Es cierto que no son tan numerosas, por ello, cuando faltan, su ausencia hace mella. Es el caso de Tomás Brody, una figura entrañable en la historia de la física mexicana, quien, a veinte años de su muerte, sigue presente en la comunidad. Al igual que Juan Manuel Lozano, maestro de muchas generaciones, tan querido en la Facultad de Ciencias, recientemente fallecido. A ellos dedicamos este número. 🇲🇽

